

El angélico coro, y fiel le adora;
El cesa, y hubo fin aquel gran día.
Con él, súbito el tiempo, que en olvido
Yacía y sueño eterno, despertando,
Asió su rueda instable,
Y el vuelo desplegando,
Vió ya á sus pies cuanto será, rendido,
Cesó la eternidad inmensurable,
Que su diestra imperiosa
En sombra y luz su duracion divide;
Y hundiéndose en la nada silenciosa,
El fugaz curso de los seres mide.
La luz, empero, el término no fuera
De la virtud vivífica infinita;
Ni el celestial venero
A tan nada limita
De su amor el Señor, y aunque igual viera
La flor del valle, el brillo del lucero,
Del ave el matutino
Canto, y del serafín, que en llama pura
Arde de amor, el inefable trino,
En sí gozando su eternal ventura;
Vuelve, y hallando en su divino seno
Ser tanto que su voz ansia obediente,
Las aguas se dividan,
Ordena omnipotente,
Y el firmamento extiéndase sereno.
Las rápidas corrientes se retiran
Sobre el cielo lumbroso,
En torno en ancha bóveda afirmado,
Muro inmenso al abismo proceloso,
Del Eterno á la voz súbito alzado.
Inmenso muro en su labor divina,
De su largueza y su poder trasunto,
Do alzará su morada.
¡Qué armonioso conjunto
De eterno albor que en torno lo ilumina,
Orden, belleza vária y extremada!
Cuanto encumbrarse puede
Mente humanal, ó de mayor riqueza
Idear feliz á el ángel se concede,
Nada es con su magnífica grandeza.
Sienta en medio su trono; y ¡oh consuelo!
Bienes allí sin número atesora
Su inefable clemencia.
La piedad que le implora,
Tierna á él se vuelve en su ferviente anhelo,
Y á él se acoge exhalada la inocencia.
Ve el Señor complacido
Por alfombra á sus pies el firmamento,
Más que el oro purísimo lucido,
Y á mandar torna en divinal acento:
Las aguas se unan, que á la tierra impiden
Aparecer. En tumbos espumantes
Por entre el aire vano
Las hondas resonantes
Dóciles parten, rápidas dividen
Su inmensa madre con furor insano.
Ya hay mar: rugen y se humilla
Rendido ante el Señor, y en grato estruendo
Su gloria anuncia, y nacarado brilla
De ola en ola su nombre repitiendo.
En su incesante anchisima carrera
Con misterioso círculo del nacen
Ya los eternos rios,
Y á él vueltos se deshacen.
Tiéndese el Indo en su feliz ribera;
Reina inmenso entre páramos sombríos
El Amazona undoso;
Nilo en sus aguas la abundancia lleva;
Y el Rín, que hoy guarda al bátavo industrioso,
Del Ponto inmenso las corrientes ceba.
El rueda en su hondo abismo y se conmueve:
Llega, huye, torna, apartase; y bramando,
De hórridos vientos lleno,
Las rocas desgarrando,
Ya el cielo en sierras de agua á herir se atreve,
Ya su azul pinta plácido en su seno.
¡Oh pasmo! en leve arena
Por siempre atada la voluble planta,
Hirviendo entre alba espuma, el paso enfrena,
Y hermosa ante él la tierra se adelanta,

Cual de inocencia y rosicler teñida,
En su fiesta nupcial brilla esplendente
La virginal belleza,
Alzan su augusta frente
Los altos montes enriscada, erguida,
Rudas columnas de eternal firmeza
Contra los elementos
Que el tiempo asolador en vano ofende;
Y en paz segura de fragosos vientos
El ancho valle entre sus pies se tiende.
Allí abreviados en la mina oscura
Siglos de ardua labor, fúlgido crece
El oro en vena rica;
Sus brillos esclarece
El hermoso diamante, y la luz pura
Ya en prismas mil, aun toscos, multiplica.
La faz de ella inundada,
La hora á la tierra de animarse llega,
Y en su calor prolífico empapada,
Fecunda brota, y su vigor despliega.
El bosque sacudió la cima hojosa
De sus excelsos hijos; los collados
De hierba se matizan;
Los árboles, cargados
De flor á un tiempo y fruta deliciosa,
La mano que los viste solemnizan;
Y tú, oh rosa, rompiste
Tu cáliz virginal, y los favores
Del nuevo vivaz céfiro sentiste,
Bañándolo en balsámicos olores.
Ufana en sus racimos deleitosos
La vid los largos vástagos derrama,
Ya el néctar preparando
Que en gozo el pecho inflama;
Y los pensiles de Pancaya umbrosos,
Al firmamento en galas emulando,
Exhalan una nube
De etérea suavidad, feudo agradable,
Que el ángel de Sabá volando sube (1),
Y aceptó en faz de amor el inefable;
Mientras siguiendo plácido decia:
Reinen en las altísimas esferas
Los astros esplendentes,
Y en sus vagas carreras
Formen la umbrosa noche, el claro día,
Y tiempos y estaciones diferentes.
Súbito, á la imperiosa
Voz de Jehová, los astros se inflamaron,
Y á dar su vuelta eterna, silenciosa,
Cual ordenado ejército, empezaron.
Tú entonces, claro Eridano (2), vertiáste
Tu luz en urnas de oro; sus divinos
Fuegos prender sintieron
Los soles matutinos,
Y tú, Aquilon, los tuyos recibiste;
A sus inmensas órbitas corrieron
Los cometas brillantes,
Y en su inmóvil quicial el polo viera
Miles en derredor de astros brillantes,
Que contar sólo su Hacedor pudiera.
Las Osas, el Dragon, el Canero fiero,
El lóbrego Oríon, ese lumbroso
Largo surco nevado,
Cinto del ciclo hermoso (3),
Y cuanto esmalta fúlgido lucero
El manto de la noche pavonado,
A una voz fué; con ella
Poblóse de esplendor el gran vacío;
Y en pos del alba y su riente estrella
Se ostentó el sol en noble señoría.
Salve, ignífero sol, fuente abundosa
De sempiterna luz, del rubio día
Padre, señor del cielo;
Tú, que hinchas de alegría
Su ámbito inmenso, y con tu faz gloriosa
Fecundas creador el bajo suelo;
De tu Hacedor divino

(1) Según la opinion que da á cada region, reino ó provincia, por custodio ó protector un ángel.
(2) La constelacion de este nombre.
(3) La Via Láctea.

Lumbroso trono en la fulgente altura,
Salve, y su brillo apaguen peregrino
Los astros todos con tu lumbre pura.
Salve, y próvido inunda en suave llama
Tu hermana celestial, que en paso lento
Ya en el zenit domina,
Y al mundo soñoliento
De su alba rueda tu esplendor derrama.
¡Deidad siempre á los miseros benigna!
¡Luna consoladora!
De tu lóbrega noche el manto extiende
Ante quien de ella te aclamó señora,
Y á un tiempo tanto sol profuso enciende.
Pero ¡ah! que El vuelve á su inefable mando:
Silencio, astros lucientes.— *El profundo*
Golfo animado sienta,
Dando de sí fecundo
Cuanta ave el aire diáfano cortando,
Cuanto pez raro en sus abismos cuenta.—
De escama aquél bruñida
Deslizase fugaz; cuál perezoso
Se arrastra, incierto de su nueva vida;
Cuál á la presa lánzase furioso.
Y á par que inmóvil en las ciegas rocas
El trémoro falaz (1) su presto fuego
Eléctrico despide,
En incesante juego
Salta el rebaño de las mansas focas.
Cruza el salmon, y el piélagos divide
Tras la dulce corriente,
Do en paz deponga sus fecundas ovas;
Y un vulgo inmenso espárcese impaciente
A morar libre entre cerúleas tobas.
Vió el glacial polo á la ballena fiera,
Señora de las olas, cual un día
La Grecia fabulosa
Su Dólors ir decia
Sobre el piélagos Egeo, y la ligera
Dorada antecedir la onda espumosa.
Al tiburón alevé
Con el manso delfín; al ave iguales,
Vagar sus hijos por el viento leve (2),
Y á mil gozarse en selvas de corales.
Selvas que, ornando de purpúrea alfombra
Las llanuras del mar, en su galana
Espesura repiten
La alta tierra, lozana
Con bosques, prados y agradable sombra,
En formas y matiz allí compiten
Sin cuento los vivientes,
En paz rodando su crustáceo manto;
Y feliz cuaja en perlas esplendentes,
La ostra, del alba el cristalino llanto.
Todo es vida y accion; por los menores
Rios revuelven con fugaz presura
Sus nadantes hijuelos,
Mientras el aura pura
Se ve inundar de alados pobladores.
Alzase audaz el águila á los cielos,
Do al sol sus ojos prueba,
Del pueblo volador reina se aclama,
A una altísima roca el nido lleva,
Y en fiero canto á su consorte llama.
Allí el pavon de su lumbrosa cola,
Tornasolada de esmeraldas y oro,
La rueda ufano tiende;
Y alegre su canoro
Pico soltando por los vientos sola
La alondra, cual un punto inmóvil, pende.
Desplega arrebata
Sus alas la fragata vagarosa (3),
Y pule al sol el ave celebrada
De Eden las sedas de su pluma hermosa (4).

(1) La tremielga, especie de raya, cuyas emanaciones eléctricas adormecen cuanto se les acerca. (Oppian., *Atetic.*, lib. II, v. 36.)
(2) Los peces volantes que se hallan, así en nuestros mares como en los del Ecuador: la *golondrina del mar*, el *milano marino*, etc.
(3) Ave, de vuelo tan rápido como incansable, que suele hallarse por los navegantes á 200 leguas de la tierra, adonde vuelve á reposarse y dormir.
(4) El pájaro del sol, del paraíso, la *manucordata*, el *ave de Dios*, de la cual se han contado mil fábulas. Sus colores son muy vis-

Miles se pierden por el bosque espeso,
Y al ciego encanto del amor se entregan,
O en los floridos prados
Van, vuelven, saltan, juegan,
Cuanto gime en dulcísimo embeleso
Sus ayes filomena lastimados,
Sega el cisne pompudo
Con alto cuello por el ancho río,
Y el pavoroso buho en grito agudo
Suspira ya por el silencio umbrío.
Y todo el pueblo aliger vagando
Se extiende, y goza de su nueva vida;
Y en canora garganta
Con salva repetida
De valle en valle el eco resonando,
Su divino Hacedor alegre canta.
Con paternal ternura
El los oye y bendice; en arpas de oro
Himnos trinando de inmortal dulzura
De querubines el radiante coro.
Vivifica entre tanto su voz suena:
¡Sís, bestias de la tierra! Y de repente
Animándose, lanza
De sí cuanto viviente
Su faz no bien sabida alegre llena.
De las selvas el rey feroz se avanza,
El cuello vedijoso
Con orgullosa pompa sacudiendo,
Y de Eden por el valle deleitoso
Pausado gira, y hórrido rugiendo.
Un collado cabe él sienta y se agita,
Y hélo súbito vuelto un elefante;
Bullicioso su brío
Muestra el potro en sonante
Casco, y rápido el paso precipita;
Anhela el ciervo por el bosque umbrío,
La cabeza ramosa
Alzando al cielo; mansa la cordera
Bala y paca; la hebre recelosa
Párase, acecha, escucha en la pradera.
Vagan por ella en muchedumbre inmensa
Las bestias cuantas son, aun de su instinto,
Cual despues, ¡ay! no esclavas;
Y aunque en breve recinto
Cabra y lobo hermanados, sin ofensa
Juegan, en grata union mansas con bravas,
Todas ¡oh malogrado
Tiempo! ¡suerte feliz! ¡santa armonía!
En paz gozando del glorioso estado
En que inocente el mundo se adormía.
Así impaciente con su frente ruda
Por juego el bravo toro el aire hiera;
Sin daño el tigre fiero
Sus garras probar quiere;
Brama el rinoceronte en voz sañuda,
Y tras la pista el can cruza ligero;
Mientras con la cabeza
Las copas de los árboles tocando,
Entre ellas con gallarda ligereza
La pintada girafa (5) huye saltando.
Cuanto vive y alienta del florido
Mas hondo valle hasta la cima helada
Del Ande, que en el cielo
Desaparece encumbrada,
Todo, todo el vivir ha recibido
De Jehová, que lo espargió por el suelo
Con diestra valedora.
Los hijos de la tierra en grato acento
Del aquilon lo anuncian á la aurora,
Jehová, gloria á Jehová, sonando el viento.
Cuando hubo un gran silencio, misterioso
Su obra mayor el Hacedor ordena;
Cielo y tierra asombrados
Escuchaban; se llena
Atónito de un pasmo respetuoso
El bando fiel de espíritus alados,
Y todo enmudece.

tosos, y sus plumas, cubiertas de unos hilos como de seda delicada, muy buscadas en la India y de gran precio.
(5) El más alto, gallardo y bien manchado de los cuadrúpedos cuya estatura pasa de 15 pies.

Jehová entonces, *al hombre*, en su hondo seno,
A imagen nuestra hagamos, se decía,
 Y el barro el hombre fué de beldad lleno;
 Ardua labor, de perfeccion sublime,
 Con que inefable su universo sella.
 En su saber profundo,
 Complaciéndose en ella,
 Su aliento celestial vida le imprime,
 Y aclámale señor del ancho mundo.
 Ya en él hay ¡oh portentoso!
 Quien del clavel los ámbares aspire,
 Oiga al ave su armónico concanto,
 Y la hoguera del sol absorto admire.
 Hay quien feliz del acabado enlace
 De la divina creación anhele
 Sondar las perfecciones;
 Quien los ciclos nivele;
 Quien, aunque inmenso, al universo abrace,
 Y en prez alcance de tan altos dones.
 Que hasta allí todo mudo,
 Ciego, insensible á maravilla tanta,
 Giró en las sombras de un instinto rudo:
 El solo á lo infinito se levanta.
 ¡Qué augusta majestad! ¡Qué gentileza!
 ¡Qué acuerdo en movimientos y figura!
 ¡Qué gracia encantadora!
 Si: todo le asegura
 Que es para el infinito. Su belleza
 Cuanto doquier hay bello, en sí atesora.
 Albo trono la frente
 De inocente candor, excelso mira
 Con faz al cielo placida, riante,
 Y del vago horizonte en torno gira.
 Desplégase la rosa delicada
 En su risueña boca, que sentido
 Dar sabe al aura leve,
 El material sonido
 Fácil tornando en plática ordenada,
 Que útil enseña, apasionada mueve;
 Los ojos retratando
 Fiel, vivo espejo, do se pinta el alma,
 Ya su ternura ó su dolor llorando,
 Ya en más benigna luz su alegre calma;
 Mientras la mente con el ángel vuela,
 Y á su inmenso Hacedor alzarse osa,
 Y del brillo encantado
 De la virtud gloriosa,
 Otra patria mejor gozoso anhela.
 A su inefable posesion llamado,
 Allí en dulce fatiga
 Lánzase en alas de oro la esperanza;
 Nada su sér y noble ansiar mitiga;
 Ni el mismo Eden á que la olvide alcanza.
 Eden feliz, que la atención divina
 Le plantó liberal, de almo reposo
 Fausta mansion, que encierra
 Cuanto más deleitoso
 Hubo, y de encanto y pompa peregrina,
 Rico vergel del Dueño de la tierra,
 ¡Qué de fuentes y flores,
 Qué de frutas suavisimas guardabas!
 En tus vitales céfiro; qué olores,
 Qué amable sombra á la inocencia dabas!
 Allí floridas las alegres sienas
 De eterna juventud, gozar debía,
 Sin penas ni desvelo,
 Santísima alegría;
 Bosquejo fiel de los inmensos bienes
 Que en perenne raudal le guarda el cielo,
 Cuando en nueva dulzura
 Súbito se inundó, viendo á la amable
 Eva á su lado, que inocente y pura
 Formó de él en su ayuda el Inefable.
 Hermosísimo dón, milagro raro
 De gracia y perfeccion, do resplandece
 Muy más la excelsa idea:
 Mira tierna, y parece
 Que en sus ojos se anima un sol más claro,
 Su aliento, cual el céfiro, recrea:
 Si rie, la mañana
 Nace en su frente y sus mejillas dora;
 Marcha, y se inclina á su esbeltez lozana

La alta palma, del Libano señora.
 De los vivientes el inmenso bando
 Por reina la aclamó, mientras en la cumbre
 Del cielo respetuoso
 El sol de su áurea lumbre
 Sus miembros va castisimos bañando.
 Gratamente á su rayo delicioso
 Su cuerpo se estremece;
 La embriaga su nariz de ámbar suave;
 Ve absorta el cielo; el trino la embebece
 Del colorin, y dó atender no sabe.
 Que ya en su seno la celeste llama
 De afectos mil purísimos se enciende;
 Ya sensible palpita;
 Admira, y se sorprende;
 Vese tan bella, y cariñosa se ama,
 Y entre donosa timidez se agita.
 La mano á una flor llega,
 Y á cortarla, dudosa, aun no se atreve;
 La encanta el ave que volando juega,
 Y ansia seguirla por el aura leve.
 El comun padre extático la admira,
 Y Eva se inunda en virginal ternura.
 Desciende el amor santo
 De la estrellada altura,
 Y en mutuo amor su corazón suspira,
 Ya en lazo atados de divino encanto.
 «¡Sér de mi sér querido!
 Adán exclama: en tu inocencia hermosa
 Hallo el bien sumo al embeleso unido»;
 Y ella en su seno inclinase amorosa.
 ¡Oh sombra! ¡oh bien fugaz! ¡fatal deseo
 De vedado saber! La compañera
 De tan alto destino
 Cayó en el mal ligera,
 Sedujo al infeliz.... ¡Cielos! ¡qué veol
 En faz sañuda un querubín divino,
 Y espada centellante,
 Les cierra el santo Eden; la pena aguda
 De Adán nubla el varonil semblante,
 Y Eva á su lado va llorosa y muda.
 Huyen los brutos su dañado imperio;
 Sorda la tierra su favor les niega;
 Y su frente culpable
 Hierne la muerte ciega....
 ¡Oh culpa felicísima! ¡oh misterio!
 ¡Víctima! ¡redención! ¡precio inefable!
 Ya es gloria la caída.
 Llover el claro empuje al Deseado
 Miro, á su mismo Autor mi carne unida,
 Y al polvo sobre el ángel sublimado.
 ¡Lenguas del universo, criaturas
 De Dios, almos espíritus! cantemos
 Bondad tan infinita;
 Y el loor que le demos,
 Suba cual grato incienso á las alturas,
 Do en pura luz inaccesible habita
 Su celestial grandeza.
 Ordenador de mundos soberano,
 En cuanto obró de tu saber la alteza,
 Brilla en gracias magnífica tu mano.
 Tus obras son, cual tayas, acabadas,
 Buenas, pródidas, sábias, y te admiro
 Doquier omnipotente,
 Sobre los cielos giro,
 Cruzó del mar las bóvedas saladas,
 De las heladas zonas á la ardiente;
 Y todo es un portentoso.
 ¡Sublime creación! al bosquejarte,
 Falta al número atónito el aliento:
 Jamás la mente acaba de admirarte.

ODA (1).

Á DELIO (FRAY DIEGO GONZALEZ), POR SU EXCELEN-
 TE Y DEVOTISIMO SERMON DEL SACRAMENTO.

Tal, más rico que el oro,
 Del pecho de Crisóstomo salía

(1) Inédita. Se ha copiado del original de MELENDEZ, que paraba
 entre los papeles del padre fray Juan Fernandez de Rojas, agustino

El celestial tesoro
 De la sabiduría,
 Y de su dulce boca miel corría,
 Cuando á su grey dichosa
 El pan de la palabra esparramaba,
 Y de la peligrosa
 Hierba la separaba,
 Y á los pastos de gloria la guiaba;
 ¡Cuál tu hablar peregrino,
 Delio, con fervoroso y santo intento
 Nos llevó hasta el divino
 Amor, que el Sacramento
 Humilla á jamas visto abatimiento!
 El velo descorraste
 Que nuestra flaca vista detenía,
 Y al ojo nos pusiste
 Lo que la fe sentía,
 Mas que el dañado corazón no vía,
 Y ora tu fervorosa
 Voz nuestro tibio pecho lastimará;
 Ora, más amorosa,
 Su flaqueza alentará,
 Y en pos de sí á la gloria nos guiará;
 Siempre la atenta oveja
 Con el sabroso estilo suspendida,
 Ni al desden ni á la queja
 Dió lugar, embebida
 En tu alto razonar del Pan de vida,
 ¡Ay, si nos fuera dado
 Entónces ver tu corazón sensible,
 En su amor abrasado,
 Desdeñar lo visible,
 Volando hasta su trono inaccesible,
 Y, en el gemir postrado,
 La ceguedad del mundo y sus errores,
 Cómo, aun mal de su grado,
 Con tan santos amores
 Brotará vuestro pecho en mil ardores!
 El tibio confundido,
 Tocado de la llama se alentará;
 Volviera el descreído,
 Y el mundo abandonará
 Quien por él vuelve hasta á su Dios la cara.
 Pues no de otra manera
 Que la viva centella, que, cayendo,
 Cuanto halla de carrera
 Deshace y va rompiendo,
 Tu voz fué nuestros pechos encendiendo.
 ¡Oh! de continuo suene
 Tu acento en mis orejas, Delio amado,
 Que á par que me enajene,
 Rompa el yugo pesado
 Do aun gime este mi pecho, mal su grado.
 Taparé á las livianas
 Palabras de los hombres el oído,
 Y á sus promesas vanas,
 Por poder desprendido
 Seguir tus huellas, de tu ardor movido,

ELEGÍAS.

ELEGÍA PRIMERA.

EL DELEITE Y LA VIRTUD.

¡Oh loca ceguedad! ¡será que rompa
 Las cadenas que me atan con la tierra,
 O dejaré que el ocio me corrompa?
 ¡Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
 Le haré con firme pecho, ó comunero
 Con el vulgo seré, que siempre yerra!
 ¡Osaré declararme compañero
 Del bando vencedor, que heroico pisa
 De la virtud el áspero sendero!

niano, quien, como editor de las obras del maestro Gonzalez, dió
 en las Noticias de su vida alguna idea del mérito de esta canción de
 MELENDEZ, que no se halla entre sus obras publicadas.—Esta nota
 y la oda existen, de letra de don Martín Fernandez de Navarrete,
 entre los papeles de este ilustre escritor que posee su familia.

¡Seré del pueblo la canción y risa,
 O, su malsana vanidad siguiendo,
 Correré á mi despeño aun más aprisa?
 Las altísimas cumbres que estoy viendo,
 Van del honor al templo.... Allí me llama,
 Allí el deleite placido riendo.
 Sus vinos, cebo al paladar, derrama
 En transparentes copas, con su fuego
 El ya movido corazón me inflama.
 ¡A quién no arrastrarán el blando ruego,
 La música y balsámicos olores,
 Y de tanto amador la trisca y juego?
 Toda es gala la tierra y lindas flores,
 Del céfiro adornece el manso aliento,
 Los trinos de las aves son amores.
 Irme mal grado yo tras ellas siento;
 La razón me detiene; el apetito
 Aguija, y corre más veloz que el viento.
 «¡Será, me dice, disfrutar, delito,
 Los frescos valles que á la vista tienes,
 O yerro entrar en tan feliz distrito?
 ¡No ves los lisonjeros parabienes,
 Con que la alegre turba solicita
 Que á gozar corras sus inmensos bienes?
 » Naturaleza pródida te incita,
 Y su abundante mesa te prepara;
 ¡Sordo serás cuando placer te grita!
 » Escúchala; y no necio, tan avara
 La juzgues con el hombre, que ha criado,
 A que sus dones como rey gozará.
 » El pesar sigue al gozo, el abrasado
 Esto á la apacible primavera,
 Y al abundante otoño el cierzo helado.
 » El tiempo vuela, la ocasión no espera;
 Goza tu edad lozana, y los oídos
 Tapa y no escuchen la razón severa.
 » Corre, corre estos prados, que floridos,
 Son viva imagen de tus verdes años,
 Y á la vejez remite los gemidos.»
 Así me disimula sus engaños
 Con halagüeña voz; así procura
 Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
 Mas luego la razón, que á su luz pura
 Del ánimo la niebla desvanecce,
 De la virtud me muestra la hermosura.
 Ella, dolida de mi error, me ofrece
 Su diestra celestial, y la gloriosa
 Palma me ostenta que jamas perece.
 «¡Qué los placeres son, con amorosa
 Boca me acusa, y el fugaz contento,
 Sino, envuelta en espinas, frágil rosa,
 » Que apenas abre entre fragante aliento
 De suave aroma el seno delicado,
 La agosta el sol ó la deshoja el viento!
 » Evita, evita el lazo do enredado
 Vas mísero á caer, y la engañada
 Tropa desdeña y su falaz enidado.
 » Presto verás cuál la vejez helada
 Trunca su risa en lágrimas, y en mudo
 Silencio el canto y música acordada.
 » El pesar y el temor con diente agudo
 Su infeliz pecho romperán, las flores
 Lozanas vueltas en invierno crudo.
 » Y en pos la enfermedad y los dolores
 A aquejarlos vendrán con mil insanos
 Recuerdos y fantásticos pavores.
 » Hasta el sepulcro tenderán las manos,
 Buscando asilo entre su horror; ¡ay! huye,
 Huye, y no atiendas los clamores vanos.
 » No los atiendas, necio.»—Así me arguye;
 Y la razón con su favor deshace
 El ciego ardor que el corazón destruye.
 Y yo, como el enfermo á quien desplace
 En fiebre ardiente amarga medicina,
 Y odioso el que la sirve se le hace,
 Así de la razón la luz divina
 No puedo resistir, mirar no osando
 La virtud en su alteza peregrina;
 Y en encendidas lágrimas bañando
 Las pálidas mejillas, aún suspiro
 Por el mentido bien que voy dejando:
 ¡Tan dulce es la prisión en que me miro!